

La integración de la Cuenca del Pacífico *vis-à-vis* el orden global en transición

José Thiago Cintra

En el marco del gran interés que ha despertado el estudio de la Cuenca del Pacífico en nuestros círculos académicos, políticos y empresariales, ha prevalecido el llamado enfoque de área con un énfasis muy especial en las cuestiones económicas y, más precisamente, en las referentes al intercambio comercial. Pero, como no podía dejar de ser, la variable japonesa no sólo se traslapa con la Cuenca sino que parece ser el motor de nuestro interés actual por el Pacífico. Esto se debe en parte al clima generado en el entorno académico por el sector gubernamental y, principalmente, por el empresarial. En efecto, en la estela de la crisis económico-financiera por que pasan los países de la región, las opciones de apertura y diversificación de mercados han obligado a *descubrir* al Japón y, de paso, al Pacífico. Creo que aun en Estados Unidos se puede observar la misma tendencia. Hasta hace muy pocos años el interés estadounidense por el Pacífico se circunscribía principalmente al intramuros del sector estratégico-militar y de algunos de los comités del Congreso. Tan sólo a partir de la muy reciente "niponización silenciosa" de la economía y finanzas de Estados Unidos es que se observa una notable proliferación de centros especializados en el Pacífico.

Qué bueno que una coyuntura como ésta haya servido para incentivar el interés por una área que se encuentra fuera de nuestro horizonte civilizatorio, predominantemente occidental. Pero esto es el inicio. Ahora nos cumple dar un paso adelante. Sería oportuno y tal vez necesario salir del enfoque sectorial, especializado y a veces sesgado, e ingresar al enfoque global, ya que la Cuenca del Pacífico no está destinada a ser un bloque autárquico dentro del orden mundial.

En la presente exposición hago un esfuerzo por acercarme al Pacífico desde afuera y, por ende, considero a la Cuenca como una variable

dependiente del orden global. Con un enfoque político, si se quiere estratégico-político, trato de concentrarme en los grandes actores de ese orden global. En el Asia del Pacífico me circunscribo al Japón, como actor emergente y competidor serio por un papel relevante (si no hegemónico) en el orden global que se rearticula. Dado que la actual transición aún no nos permite pronosticar hacia qué rumbo se dirige la nueva articulación de poderes en el orden global, tomo en cuenta una serie de escenarios posibles que ya forman parte del menú de las discusiones en varios círculos académicos y políticos. Teniendo en cuenta el interés específico de la región, trato en la medida de lo posible de rastrear los pro y los contra que para América Latina podrían implicar en sus relaciones con el actor japonés en cada uno de los escenarios.

El giro iniciado en las relaciones entre las superpotencias (segunda administración Reagan y la era Gorbachov) lleva a admitir que los esfuerzos por romper el estado de tensión bipolar van en serio. A diferencia del primer intento de los años setenta, la actual *détente II* se diseña de común acuerdo para responder a un ineludible reto externo (las enormes ventajas competitivas de Japón y de Europa), y a la necesidad de superar enormes cuellos de botella a nivel interno (el sesgo unidireccional del poder soviético y la vulnerabilidad de la multidireccionalidad del poder estadounidense). Si se hace a un lado la pantalla ideologizada que ha servido para camuflajear la cuestión del poder global, se puede admitir que tanto la URSS como Estados Unidos han llegado a la conclusión de que se equivocaron con la opción nuclear como medio que habría de decidir la disputa interhegemónica por la primacía. El instrumento de la guerra ha sido una constante

en la historia, pero la guerra nuclear es por definición catastrófica y, por ende, no tiene ninguna utilidad para dirimir disputas interhegemónicas. Pero, al cabo de tantos años de carrera armamentista nuclear, los billones de dólares gastados, además de no servir para el objetivo de la guerra, han dejado vulnerables a las dos superpotencias, hoy retadas por una muy compleja imbricación de factores internos y externos.

La actual *détente II* es más que una simple tregua (como lo fue la *détente I* de los años setenta): se asemeja a un pacto de caballeros que acuerdan poner un punto final a sus rencillas para mantener su posición hegemónica en un orden global que ellos mismos habían convenido en calidad de beneficiarios de la segunda guerra.

Hemos ingresado, pues, a una etapa de transición de un punto *a quo* (orden hegemónico con tensión bipolar) hacia un punto *ad quem* todavía en abierto; en abierto porque aún no se puede visualizar con relativa seguridad qué opción habrá de sobresalir en el espectro de alternativas que se barajan.

Todo parece indicar que se transita hacia una descentralización del sistema global y, por ende, se ensayan los pasos en la dirección del multipolarismo. Otros síntomas parecen evidenciar que se desideologizan las relaciones internacionales a consecuencia del fracaso de algunos *ismos* y, por ende, los factores geohistóricos aunados a ciertas características civilizatorias comunes podrían marcar la pauta del multipolarismo. El problema es saber cómo conciliar esa multipolarización probable con el proyecto actual de la *détente II*. En el caso soviético, la geografía euroasiática le confiere a la URSS una tríada de inserciones regionales (Europa, Asia Oriental y Asia Central-Medio Oriental); pero la historia y la geopolítica le parecen destinar a la URSS un papel en la construcción de la Pan-Europa. Además, en términos de costo-beneficio, sería viable para la URSS diluir su carácter de superpotencia en el marco del condominio de la "casa común" paneuropea.

Para Estados Unidos, la condición de continentalidad-insular le abre también una tríada *sui generis* de inserciones regionales: la transatlántica, la transpacífica y la propiamente hemisférica. *Stricto sensu*, el hemisferio americano estaría destinado a ser la "casa común"

para Estados Unidos y estaríamos volviendo a una nueva versión de "América para los americanos". Sin embargo, parece que la predestinación geográfica se queda corta para la condición de superpotencia. Por ello, a través de Inglaterra en Europa y del Japón en Asia, Estados Unidos intentará conservar sus opciones transatlánticas y/o transpacífica, respectivamente.

Pero aunque sean éstas las grandes tendencias de la actual transición, no se puede borrar el problema de los diferenciales de poder existentes entre los diversos actores nacionales y de su expresión militar como forma de defender, conservar y obtener el mismo poder.

Se puede incluso advertir que esa problemática podría aflorar con mayor intensidad ya que, por una parte, la eliminación de arsenales estratégico-nucleares obligaría a una revaloración de los arsenales convencionales y, por otra, la ruptura del monopolio bihegemónico haría más complejo el control de los conflictos a nivel de la descentralización en polos regionales de poder.

No obstante, habría que matizar las tendencias señaladas, ya que todo indica que hoy día, las variables geográficas (para los regionalismos) y de poder (para la cuestión de los conflictos interestatales) han perdido algo de su autonomía. En efecto, a raíz de una acelerada globalización de las relaciones internacionales, son muy evidentes los síntomas de disminución de los márgenes de viabilidad para los autarquismos regionales y/o las opciones unilaterales de fuerza.

Es más, si se observa el desarrollo reciente de las relaciones Este-Oeste y el giro que están tomando, se podría admitir que desde una perspectiva conceptual, la incidencia del globalismo sobre la tradicional concepción de autonomía del poder, ha contribuido en forma relevante para el diseño de la *détente II*. Conceptos como los de interdependencia y cooperación pervaden el discurso de la segunda administración Reagan y, con mayor insistencia, permean la visión internacional de Gorbachov. Interdependencia y cooperación emanan en línea directa del globalismo y están destinados a incidir en los diseños del regionalismo y aun sobre los elementos atávicos de la variable del poder.

De ser válida la tendencia señalada para el orden global en transición, ¿cómo se podría

ubicar al Japón como uno de los actores prominentes del multipolarismo? Un intento de respuesta a esa cuestión podría facilitar la labor de trasladar a la suprarregión del Pacífico (Asia-América) algunos de los escenarios alternativos que se han manejado más recientemente. Entre los especialistas se han manejado por lo menos cuatro escenarios. Dos se refieren a protagonistas del Pacífico actuando en el entorno de la Cuenca del Pacífico (el escenario de la bihegemonía nipo-estadounidense y el de la *Pax nipponica*); los otros dos (*Pax consortis* y *Pax Americana II*) enmarcan posibilidades de articulación a nivel mundial y, por ende, tienen aplicación para el Pacífico. En sentido lato los cuatro escenarios reflejan la tendencia general hacia la descentralización del orden global en transición y los cuatro—con matices de grado y de intencionalidad—toman en cuenta los supuestos de la interdependencia, aunque ésta no sea homogénea en su concepción. *Stricto sensu*, ninguno de ellos parece atender al postulado de un verdadero multipolarismo; como se verá, adolecen del defecto de no abrir mano de las concepciones clásicas del poder o, cuando menos, reflejan las inercias del parámetro bipolar.

En el marco de las opciones regionalizadas nos interesa la Cuenca del Pacífico en su sentido más amplio, es decir, la que engloba a los países asiáticos y americanos. En ella se incluyen actores con notables diferenciales de poder nacional y con opciones macropolíticas también muy diferenciadas (los de economía de libre mercado, los de economía planificada, los de economía mixta, los semimodernizados y los ya modernizados). Se incluyen actores totalmente diferentes en términos culturales (la vertiente civilizatoria de Asia *vis-à-vis* la de América). En el Pacífico se encuentran las superpotencias (URSS y Estados Unidos); las potencias emergentes (Japón, China); las casi emergentes (México, Brasil, Argentina, y los cuatro tigres de Asia), y un Tercer Mundo bastante policrómico. En ella se asientan dos pactos de integración económica (ASEAN y Grupo Andino).

Desde la perspectiva estratégico-militar el sistema de triadas nucleares (tierra, mar y aire) de las superpotencias, finca en el Pacífico los pilares que sostienen sus paraguas de protección y disuasión. Bajo esa óptica de disuasión siguen vigentes los acuerdos bilaterales y mul-

tilaterales y se encuentran operando un sinnúmero de bases navales y aéreas, tanto en los escenarios centrales (de la URSS y de Estados Unidos), como en los de avanzada.

Desde la perspectiva geoeconómica, en la suprarregión del Pacífico se sitúa el polo más dinámico del comercio internacional de los últimos años. En él sobresale el potencial exportador de los países ribereños de Asia, frente al potencial importador de los ribereños de América.

En la relación propiamente transpacífica sobresale un agresivo dinamismo exportador en la dirección Asia-América *vis-à-vis* el tímido flujo exportador en la dirección América-Asia.

Desde una óptica más endógena, para completar ese cuadro, cabría resaltar la opción del crecimiento hacia afuera, prevaleciente en Asia, y del crecimiento hacia adentro que había sido la tónica del desarrollo latinoamericano. Ambas opciones implican concepciones sociopolíticas muy diferentes: los asiáticos, incluyendo a los japoneses, preocupados con el crecimiento hacia afuera han dejado para un segundo plan las prioridades del mercado interno y de las reformas estructurales que ello conllevaría; los latinoamericanos han dado prioridad a lo interno y, por ende, aunque no siempre exitosos en los resultados, han buscado sortear por la vía de reformas o revoluciones los problemas del desarrollo nacional.

Ése breve trasfondo permite descubrir la heterogeneidad de factores de diversa índole que permea las relaciones internacionales en el Pacífico. Como se puede observar aun en términos económicos, para América Latina y para el hemisferio en general, no son muy optimistas las perspectivas latinoamericanas en el Pacífico. Sin embargo, para que se pueda apreciar el significado político-estratégico del Pacífico (y ello es medular para el proyecto de la seguridad regional de América Latina), subrayando en él el papel del Japón, se hace necesario recurrir a la alta política (*high politics*). Retomo pues, el hilo conductor del presente análisis, con el propósito de describir cada escenario alternativo (*Pax americana*, *Bihegemonía*, *Pax nipponica* y *Pax consortis*) *vis-à-vis* sus viabilidades, riesgos y oportunidades para la suprarregión del Pacífico y para América Latina, como parte de la Cuenca. En todos los escenarios, Japón y Estados Unidos juegan un papel protagónico, o casi protagónico.

La Pax americana II

Este escenario supone un mundo multipolar pero Estados Unidos continúa protagonizando el papel de *primus inter paribus*. Es decir, se trata de rediseñar al orden global sin un cambio significativo del *statu quo* que sostiene la distribución del poder entre los actores. Ese intento de revisión de la *Pax americana* viene de los años setenta, en la antesala del desastre de Vietnam y más o menos en coincidencia con el inicio de la *détente I*. Sobresalía entonces un cierto pesimismo sobre el futuro de Estados Unidos como superpotencia y se llegaba incluso a poner en tela de juicio la realidad de su hegemonía. No obstante, esa nueva visión de *Pax americana* contrastaba con la arrogancia del pensamiento de ciertos autores de los años sesenta (por ejemplo, la *América imperial*, de G. Liska). Sin duda contribuyeron a ello el desarrollo cualitativo del arsenal estratégico soviético, los síntomas de agudización de antagonismos entre los intereses comerciales nipo-europeos-estadounidenses, el nacionalismo de recursos naturales surgido a raíz de la crisis del petróleo y, muy principalmente, la humillante derrota de Estados Unidos en su primera guerra imperial en Vietnam. Se cuestionaba la hegemonía pero no con el objeto de enterrarla y sí con la intención de reacondicionarla frente a un mundo "interdependiente".

Ahora en los ochenta el escenario de la *Pax americana* ha sido enriquecido por autores como Stephen Krasner, Robert Keohane, Kenneth Oye y otros. Más recientemente, Paul Kennedy ha reconocido que el Imperio anda a la baja pero tiene condiciones de recomponerse. Otros autores consideran con sentido irónico que no tiene sentido pensar en la decadencia de la hegemonía de Estados Unidos. Muy por el contrario, el Imperio se recicla y se fortalece. Bruce Russett, con mucho sentido del humor le da un título novelístico al tema y lo discute a fondo en *The Mysterious Case of Vanishing Hegemony: or, is Mark Twain really dead?*; Susan Strange, de la London School of Economics mantiene una postura parecida. Para todos ellos la hegemonía de Estados Unidos por largo tramo y buen rato está asegurada. Para Strange, el lamentarse con expresiones tales como *after hegemony* es típico del estilo autoindulgente de los norteamericanos. . .

¿Qué significado podría tener la *Pax americana II* para la Cuenca del Pacífico y para el actor Japón? Parece que no habría grandes cambios con relación a la *Pax americana I*. Para el Japón habría de permanecer la misma división del trabajo con Estados Unidos: éstos continúan conservando la responsabilidad por la seguridad del Japón y de Asia y aquéllos no cambiarían su perfil del "animal económico" que a través de su *Japan Inc.* continúa desempeñando un alto perfil de "diplomacia económica". A los japoneses les gusta la idea de ese escenario dado que, en su primera edición, la *Pax americana* les ha redituado con creces, por el hecho de no involucrarse con los gastos de defensa durante casi cuatro décadas.

Según los mismos japoneses, la sobrevivencia de la *Pax americana*, dependerá de la capacidad de Estados Unidos para sostener su posición de vanguardia en materia de desarrollo científico-tecnológico.

Para América Latina, la preservación de la hegemonía de Estados Unidos no alteraría el perfil actual de las relaciones nipo-latinoamericanas. Japón evitaría una política independiente de Washington y no tomaría ninguna iniciativa de tipo estratégico-político que pudiera antagonizar o competir con Estados Unidos. Un buen ejemplo es el referente al canal de Panamá. Japón sólo se ha interesado por el proyecto de construcción del nuevo canal, después del asentimiento de Washington. Se ha mencionado la posibilidad de participación japonesa en un canal alterno en Nicaragua. En ese marco, a menos que haya un cambio sustantivo en las relaciones de Estados Unidos y Nicaragua, tal proyecto sería inviable y Japón no jugaría esa carta.

La bihegemonía nipo-estadounidense

En el marco del regionalismo como una vía natural para la articulación de nuevos polos de poder, he mencionado la posibilidad de una Europa unificada con base en sus fronteras tradicionales referidas a su cuna civilizatoria común. La tesis de la Paneuropa implica, a mi modo de ver, una ruptura con algunos parámetros vigentes desde el término de la segunda guerra. La Paneuropa significaría un reencuentro con una realidad menos ideologizada; realidad que coincidiría más o menos

con la Europa preleninista, con la Europa de antes de la primera Guerra Mundial.

Hoy, por fuerza del globalismo y de la muy cerrada competencia entre las potencias económicas, Europa se ve retada a la unidad y, para ello, anuncia el plan comunitario del '92. Pero, aun en ese marco de unidad, la Europa Comunitaria se queda pequeña ante las perspectivas que se abren con la idea gorbachovista de integración de la "casa común" europea. Esa propuesta obligaría a ir más allá del tímido horizonte de la visión estratégica y política que aún priva entre algunos de los propulsores de la actual *détente*.

En efecto, parecen existir por lo menos dos formas de conceptualizar la *détente* de hoy. Aunque las dos acepten el multipolarismo, una de ellas se mantiene fiel al parámetro de tensión latente entre el Este y el Oeste, de irreductibilidad entre el comunismo y el capitalismo. Entre sus proponentes más sofisticados como Henry Kissinger, se piensa en el multipolarismo como forma de rearticular los poderes emergentes (China, Japón, India, Europa, Brasil) en función de prevenir la vocación expansionista de la URSS. La otra forma de concebir el multipolarismo parte de la necesidad de romper con parámetros vigentes. Descarta la sobreideologización que ha sido tan dañina como artificial y aconseja tomar en cuenta factores más perennes en la organización de las relaciones entre las sociedades: las afinidades geohistóricas y civilizatorio-culturales pautadas o por lo menos matizadas por la creciente necesidad de cooperación en un mundo más y más interdependiente. En contraste y, por ende, más en consonancia con la distensión limitada, la Europa Comunitaria trata de conservarse fiel al viejo parámetro. El proyecto de una Paneuropa respondería a esa visión más amplia del orden global. Si se acompaña la evolución del caso alemán, es muy posible que el proyecto paneuropeo haya comenzado su camino.

Sin embargo, el precio de la realización histórica de una Paneuropa tendría el costo de su contraparte en el Asia del Pacífico vía establecimiento de un polo *bihegemónico*. Cabe observar que me apropio de la expresión pero con la advertencia de que en su versión original el escenario bihegemónico no surge de una visión global. El concepto de *bihegemonía* (creación de un economista, ex funcionario del equipo de la administración Carter, C. Fred

Bergsten) se refiere tan sólo a la necesidad de integrar a dos gigantes económicos con el propósito de evitar que sus relaciones económicas no estén sujetas a crisis imprevisibles y fuera de control. Con esa misma preocupación, Zbigniew Brzezinski crearía el término *Amerippon* y Robert Gilpin tomaría del japonés la expresión *nichibei* (Japón-Estados Unidos).

No obstante, aunque el equilibrio de poder pueda respaldar el surgimiento de un bihegemonismo *vis-à-vis* una Paneuropa, no se puede soslayar que el establecimiento de estos dos superpolos conllevaría ponderables asimetrías; una de carácter estratégico-militar, otra de carácter económico.

Entre los prerequisites de una integración paneuropea, los de carácter estratégico-militar son medulares: el desmantelamiento de la OTAN y del Pacto de Varsovia, la necesidad de llevar hasta donde sea posible la "opción triple cero" de desarme nuclear y aun el cambio de lo convencional ofensivo hacia lo convencional defensivo. En la Cuenca del Pacífico (escenario natural y logístico del bihegemonismo) una agenda del corte paneuropeo no tiene sentido. La heterogeneidad de la región conlleva un amplio espectro de conflictos potenciales: los fronterizos, las disputas por el mar patrimonial, los étnico-religiosos, los subregionales, interestatales y aun los cambios internos violentos. Esto obligaría a conservar y aun aumentar los arsenales militares de la Cuenca y, por ende, dentro de la misma Cuenca aumentaría la proliferación de productores y compradores de armas. Además, no se puede soslayar que la relación de condominio nipo-estadounidense (eso es, el *bihegemonismo*), al eliminar la anterior división del trabajo, haría que entre ambos países se traslaparan sus papeles económico y militar.

La asimetría económica se funda en el hecho de que la Paneuropa, al integrar la Comunidad Económica al bloque del Este, obtendría un agregado de poder económico inferior al que se generaría en el Pacífico con la unidad nipo-estadounidense. Además, en Europa, los mercados de la periferia (África, Medio Oriente, etc.) serían el objeto de una "política exterior" y, por ende, sujetos a reglas bilaterales. En el Pacífico, los mercados de la periferia (países ribereños de la Cuenca asiático-americana) serían objeto de una casi "política interna", es decir, intracomunitaria y, por ende, más controlable por el eje nipo-estadounidense.

¿Qué implicaciones podrá tener el escenario bihegemónico? En primer lugar, se podría mencionar un problema de fondo, cuyas consecuencias no aflorarían inmediatamente. No estaría sobrando levantar una cuestión que a veces se soslaya porque se considera irrelevante para la articulación de fuerzas con intereses muy materiales y concretos de poder. Me refiero al mundo de valores y creencias que afloran de procesos civilizatorio-culturales. En el caso europeo, he señalado la ventaja que representa para su proyecto de unificación, el hecho de ser parte de una matriz civilizatoria común. A cambio, en el Pacífico lo que se da es la no convergencia civilizatoria no sólo entre los dos protagonistas de la hegemonía, sino entre Asia y América. Ese factor dificultaría enormemente el proyecto de simbiosis transpacífica. En efecto, sería casi imposible que la oportunidad y coyuntura de intereses en común pudiera suplantar la perennidad de dos marcos civilizatorio-culturales tan opuestos entre sí.

En segundo lugar, el escenario bihegemónico parece conllevar problemas cuya solución no se vislumbra tan sencilla. ¿Cómo ecuacionar esa articulación con los intereses de China y de la Unión Soviética? En efecto, no se puede soslayar la inserción natural de la URSS en la geografía del Asia Oriental. Aunque ningún escenario tenga condiciones de pautarse según los criterios de una rigidez autárquica, es muy probable que en ese caso sea necesario un *quid* (renuncia estadounidense a Europa) por el *pro quo* de un perfil sumamente moderado de la política soviética en el Asia del Pacífico. En cuanto a China, pesa una gran interrogante. Como actor relevante y parte esencial del Pacífico, se puede decir que *a priori* los chinos rechazan cualquier intento bihegemónico. En función de coyunturas inmediatas, de intereses a corto plazo o, sencillamente, porque se vive una etapa de transición, China podría tolerar que se vayan perfilando las cosas en esa dirección siempre y cuando no se institucionalice el esquema del escenario bihegemónico. Es bien probable que con su reciente ingreso a la Conferencia de Cooperación Económica del Pacífico (CCEP), China esté comprando su pase a la "Liga mayor" con poder de voto y veto ante cualquier situación que pudiera conducir a una consolidación de un proyecto bihegemónico.

Pero, aunque Estados Unidos y Japón accedan a protagonizar el escenario bihegemónico,

no dejan de saltar a la vista sus discordancias sobre el proyecto del Pacífico. Creo que japoneses y norteamericanos no llegan a coincidir sobre el marco conceptual del orden global. En el caso japonés, un dato salta a la vista: su perfil de superpotencia económica contrasta con su perfil de inseguridad intrínseca. Otro dato no menos relevante aflora de la historia reciente del Japón. La experiencia desastrosa de la Guerra del Pacífico ha enseñado al Japón que bajo ninguna circunstancia tendría condición de instrumentar el uso de la fuerza con el fin de suplir su carencia de seguridad intrínseca que, en última instancia, habría de conducir al Japón a una posición de poder global. Pero tampoco parece cierto que los japoneses estarían dispuestos a abrir mano de la meta del poder global. Por consiguiente, el problema está en el *cómo* llegar a serlo sin el uso del instrumento de la fuerza (poder militar).

Si se rastrean algunos de los documentos de apoyo al proyecto japonés de la Cuenca del Pacífico (informes Nomura, Inoki y Okita) se observa la preocupación por introducir y aplicar un nuevo paradigma de relaciones internacionales que le permita al Japón sortear el reto señalado. De ahí que el proyecto japonés de Cuenca del Pacífico no pueda ser considerado como un intento de reproducción facsimilar de modelos existentes de integración o de comunidad económica. En efecto, en el laboratorio de la Cuenca del Pacífico se trata de poner a prueba los elementos novedosos de un esquema que surge de los mencionados informes. Para un país intrínsecamente inseguro como el Japón, la única manera de dar el paso exitoso hacia el poder global, sería por la vía de un modelo de cooperación que según Tokio habría de llevar a los vecinos "comunitarios" (y solidarios), ricos en recursos de seguridad (petróleo, minerales, estratégicos o no, granos, territorio, población) a sumarse al *pool* de una Cuenca en donde todos ganan aunque a la postre, el Japón se transforme en poder global.

En cambio, sobre la misma cuestión, parece que la postura de Estados Unidos es más simple. Para Washington, como el gran ganador de la Guerra del Pacífico en 1945 y beneficiario del orden instaurado en la posguerra, no ha habido problemas que surjan, como en el caso japonés, del contraste entre riqueza y poder, entre el *status* de poder global y una insalvable situación de inseguridad interna. En el caso es-

tadounidense, el poder global y la seguridad interna se han retroalimentado en forma positiva y casi exponencial. Para Estados Unidos no existe problema conceptual sobre el Pacífico. Su intención de articular el Pacífico se hace con base en parámetros conocidos y, diría yo, tradicionales. Prefieren el libre comercio al proyecto comunitario japonés y le asignan cierta prioridad a la seguridad regional. Para Estados Unidos, cooperación e interdependencia cuentan y contribuyen para redimensionar medios o instrumentos. Pero ambos conceptos continúan como adjetivos de la *real-politik* del poder.

Desde una perspectiva suprarregional, el escenario *bihegemónico* podría parecer un intento de soldadura transpacífica de las orillas asiática y americana, articulada por y bajo el liderazgo compartido nipo-estadounidense. A primera vista, tomando en cuenta la gestión de otros polos regionales, el proyecto del Pacífico suena atractivo pero no deja de ser temerario. Atractivo porque apunta hacia el apaciguamiento y coordinación de intereses no siempre convergentes que afloran de la proclividad de Estados Unidos hacia el sistema de libre comercio *vis-à-vis* los de comunidad que enmarcan el delicado y complejo proyecto japonés. Temerario porque esa soldadura puede conducir a desequilibrios externos e internos, como ya se ha señalado.

Finalmente, sería conveniente señalar una cuestión que sí afecta a los intereses político-estratégicos, no sólo de Asia sino de América Latina. Este modelo de integración regional o tal vez de comunidad transpacífica abriría un campo ilimitado a mutuos intercambios, en donde en Asia los japoneses, con el aval norteamericano, tratarían de limar inercias anti-japonesas que se heredaron de los días de la guerra del Pacífico. De la misma forma, en América Latina (en el marco del condominio nipo-estadounidense) los japoneses serían quienes habrían de prestarle su aval a Estados Unidos, neutralizando aparentemente los costos de una relación geopolítica por naturaleza asimétrica.

Es verdad que esa relación de condominio permitiría intercambiar a discreción y en función de los menores costos políticos sus respectivas *trade marks* (*made in USA* o *made in Japan*), que ampararían sus inversiones, coinversiones, ayudas para la seguridad, etcétera.

Lo que acabo de señalar tiene un diseño semejante, aunque con efectos totalmente opuestos a un esquema alternativo de relaciones transpacíficas que había sugerido a principios de los años setenta, cuando los escenarios eran otros. En efecto, impresionado por las consecuencias negativas de la influencia del factor geopolítico en las relaciones asimétricas (Norte-Sur) para el caso del Japón *vis-à-vis* su periferia "sur" (países asiáticos) y de Estados Unidos *vis-à-vis* su "sur" (América Latina) había propuesto muy gráficamente una formación en "X" para las relaciones transpacíficas de la Cuenca. Eso, como forma de diagonalizar los intercambios en lugar de conservar la tradicional verticalización.

La "diagonalización" en las relaciones económicas aunque no alteraran significativamente los efectos de la asimetría Norte-Sur servirían, sin embargo, para ayudar a neutralizar los efectos de las presiones de carácter político (evidenciables cuando se expropia una empresa cuprera o petrolera, etc.), que fluyen de ejemplos que afloran de las relaciones de América Latina *vis-à-vis* los Estados Unidos.

Sin embargo, en el marco del escenario *bihegemónico* típico de un condominio Norte-Norte, se neutralizarían los posibles efectos positivos de la formación en "X". Lo que sí se verificaría sería una réplica perversa del modelo que acabo de esquematizar, ya que en ese modelo de Cuenca del Pacífico la presión geopolítica se daría tanto en la relación diagonal como en la vertical, no importando si se tratara de Estados Unidos o del Japón.

El escenario de la *Pax nipponica*

Un poco antes que terminara la década de los setenta, Ezra Vogel, sociólogo y japonólogo de la Universidad de Harvard, publicó en 1979 el libro *Japan as a Number One* como resultado de un muy agudo análisis comparativo entre Japón y Estados Unidos. Para Vogel el modelo japonés de desarrollo ya le ofrecía al Japón la posibilidad muy cercana de ser el primer país del mundo. De 1979 a la fecha, los indicadores del perfil japonés parecieron comprobar más y más la tesis de Vogel. Para 1986, con su artículo *Pax nipponica?* aparecido en la revista *Foreign Affairs*, Vogel reconfirma sus ideas de 1979 e insiste en una hipótesis reta-

dora: ¿de casualidad camina el Japón para ser el protagonista del orden global?

¿Es posible un mundo de *Pax nipponica*? Con anterioridad se mencionó la diferencia de fondo existente entre Japón y Estados Unidos en lo relativo a las concepciones del poder global. Me referí a la Cuenca del Pacífico como el laboratorio de prueba en donde Japón trata de experimentar su concepto de cooperación (e interdependencia) como instrumento alternativo para llegar al poder global sin que haya necesidad de cumplir con el postulado de la fuerza. Si el proyecto japonés tiene éxito en el Pacífico, no sólo se establecería la *Pax nipponica* sino que se habría dado una revolución en materia de concepción del poder en relaciones internacionales. Ese es un problema global, pero es vital para el Japón. Es global porque sabemos que el mundo está esperando un modelo alternativo de distribución, redistribución y relieve de los poderes sin que haya necesidad de usar la guerra. Es vital para el Japón porque, por lo menos en su caso, la "cooperación" parece ser la única vía de responder exitosamente a la contradicción entre superpoder económico e inseguridad intrínseca.

Todo parece indicar que con el acercamiento al desarme nuclear (acuerdos que conduzcan a la "opción triple cero") el mundo se aleja de la alternativa catastrófica. Sin embargo, a menos que se descubra otra forma de manejar el poder que no sea la vía de la fuerza, habría el peligro de acercarse ahora en forma irremediable a la posibilidad de la guerra. Pero, como el desarme nuclear no implica "desaprendizaje" científico-tecnológico, ese peligro podría conducir de nueva cuenta a la reactivación del sistema que se había dejado.

Si se llegara a ecuacionar en forma exitosa el problema del poder y la fuerza, la experiencia japonesa podría tener éxito y retroalimentar no sólo al Pacífico, sino a todo el mundo. Pero aun en esa hipótesis, no creo que sería viable un mundo de *Pax nipponica*. En primer lugar —y esto vale también para los demás actores— un mundo de "cooperación" sería mutuamente excluyente de un mundo de "poder global". Y, aunque se rebautizara la expresión, no serían los japoneses quienes pudieran ostentar la posición de poder global. La cultura japonesa es demasiado chauvinista para acceder a los valores de una internacionalización de la "cooperación". Por cada paso que dan en la dirección

de la internacionalización dan dos en la dirección opuesta. En ese aspecto, sin pecar de eurocentrista, parece que el Occidente europeo y estadounidense gozan de un modelo civilizatorio esencialmente centrifugador de valores, internacionalista por antonomasia. El problema de Occidente es más filosófico, inductivo si se quiere: saber extraer de la realidad contemporánea un paradigma que supla el de la fuerza como instrumento del poder.

Escenario multipolar simple o *Pax consortis*

En la jerga de las relaciones internacionales se ha dado por llamar multipolar cualquier tendencia descentralizadora que pueda significar algún intento por salirse de la rigidez bipolar. En los setenta, en ocasión de la primera *détente*, se usó mucho el término. Para algunos él encierra una alternativa ideal para las relaciones internacionales y se considera como la mejor forma de tener la oportunidad de poner en práctica la multisonada teoría del equilibrio de poder.

Pero en la práctica, en su forma más simple, el multipolarismo no es nada innovador, se mantiene fiel a los paradigmas del viejo orden y lo que hace es trasladar sistemas de alianzas hacia los polos regionales. Ese tipo de visión multipolar da por un hecho que, en un mundo anárquico, la cooperación regional tan sólo sería posible si se conservara el tutelaje reglamentador ejercido por el liderazgo moral de una de las superpotencias, preferencialmente de la que detenga el título de poder global. De hecho, en esa perspectiva no existe una descentralización del poder; lo que sí se propone parece reducirse a una descentralización de riesgos y de costos que se trasladarían a los polos regionales. En efecto, en los setenta se albergaba la esperanza de que con el multipolarismo se crearían colchones subregionales que ayudaran a amortiguar posibles choques entre las dos superpotencias que vivían bajo una coyuntura de equilibrio estratégico nuclear eminentemente inestable. Pero en la actualidad, bajo el clima generado por la *détente II*, las realidades son diferentes y, por supuesto, los conceptos que las respaldan deberían también ser otros. No obstante, no es así. Viejos conceptos y paradigmas siguen aún la fuerza inercial del modelo de los setenta e incluso de la inmediata posguerra.

Por otra parte, en su expresión más sesgadamente economicista, parece que se confunde multipolarismo con el *bloquismo* en sus diferentes acepciones de integración (mercado común, comunidad económica, pactos regionales de cooperación, etcétera).

A consecuencia de lo señalado, parece que los ensayos contemporáneos de multipolarización vienen cargados de ambigüedad. Son más o menos precisos en la explicación de sus objetivos económicos, pero terriblemente lastrados en un *statu quo* cuando se trata de repensar los objetivos político-estratégicos. Se tiene la impresión de que esa ambigüedad se racionaliza con la consabida fórmula de doble vía. Según ella, se pueden conducir dos políticas sin que una interfiera en la otra. Podríamos agregar con cierta ironía que, en efecto, dos líneas paralelas gozan de la virtud de no convergir ni divergir.

Tal vez la Europa comunitaria pueda reflejar esa ambigüedad. Mientras el proceso de distensión estaba en pañales, se podía justificar el propósito de unificación europea como la forma más eficaz y coherente de defenderse mejor ante la competencia nipo-estadounidense. Pero, con el inicio de la transición actual, emerge en Europa una oportunidad política sin paralelo. No obstante, en lugar de insumir ese nuevo e importante dato, el liderazgo europeo prefiere el uso del expediente de doble vía. Es decir, darle curso normal al proyecto comunitario por una vía y, por la otra, que se mantenga sin alteración el esquema estratégico-militar que ampara a la OTAN. Paradójicamente, el canciller germano-occidental, Kohl, ha sido el único que ha percibido que Europa (y, por supuesto, su país) ya se encuentran frente a una realidad que ha rebasado el diseño comunitario de una "micro-Europa". En el marco de la actual distensión, parece no tener ningún sentido prender una vela al ángel de la distensión y otra al diablo de la tensión bipolar.

En la Cuenca del Pacífico los ensayos de integración comunitaria conservan cierta similitud con lo que acabo de mencionar. En los *fora* multilaterales del Pacífico es notable la presencia de la unidireccionalidad economicista y, por ende, parece ser intencional la omisión de lo estratégico-político. Es decir, se aprestan para el juego del poder y se olvidan que en el tablero los intereses estratégico-militares son

los que cuentan para que el juego prosiga en armonía.

De nueva cuenta la teoría de la doble vía. Se busca edificar el polo del Pacífico (cooperación económica, etc.) sin interferir en la vía del *statu quo* estratégico-militar que, sin duda, refleja los momentos más candentes de la tensión bipolar. En suma, se busca un modelo multipolar (polo del Pacífico) anclado en la aceptación del tutelaje de una superpotencia, de ser posible la que goza de la condición de poder global. Es decir, el mundo sigue siendo bipolar.

¿Qué se podría esperar de una versión actualizada del multipolarismo en el marco de la transición iniciada por la actual *détente II*?

En primer lugar, habría que redimensionar la política internacional partándose para ello en la actual tendencia desideologizadora. Desideologizado el sistema se rescatarían de su papel secundario factores como los que habrían de permitir diagnosticar los contextos de articulación regional (multipolar). En segundo lugar, habría que rescatar para la política los proyectos de integración, a todas luces riesgosamente sesgados hacia la unidireccionalidad economicista. En efecto, si no se verifica una acuciosa ponderación de los factores geohistóricos, culturales y geopolíticos que permeen los pro y los contra de las articulaciones regionales, los proyectos de integración se parecen a grandes icebergs con rumbo errático y, por ende, a la deriva de las corrientes de poder.

Infelizmente en América Latina parece que el *boom* de expectativas sobre la Cuenca del Pacífico y el Japón en particular, se ha dejado llevar por la corriente secundaria del mercantilismo. Pero el reto multipolar no se puede ecuacionar con intercambio de camarones, petróleo, uvas o soya, por tuercas, transistores o aun máquinas herramientas. Para América Latina, el reto multipolar en el Pacífico tiene su respuesta condicionada a las variables político-estratégicas o, si se quiere, condicionada por el enfoque de economía política ahora tan en boga (consúltense las tesis de Susan Strange).

En suma, estos son los escenarios. No se trata de un esfuerzo exhaustivo; tan sólo se han revisado algunas alternativas en función del Japón, de su entorno inmediato (Asia) y periférico (Hemisferio Occidental americano, con énfasis en América Latina. articulándose am-

bos en la Cuenca del Pacífico. Me hubiera gustado arriesgar algunas hipótesis sobre el futuro de las relaciones sino-japonesas. En efecto, parece que muchos factores se integran a una canasta de complementación sino-japonesa. Además de que ambos participan de un mismo entorno geohistórico y geopolítico, no se puede soslayar el importante factor de afinidad civilizatorio-cultural. Pero, antes que ese proyecto alternativo sea viable, considero que la veta occidental todavía tiene un buen rato de viabilidad histórica; no será para mañana pensar en el traslado de la batuta al Asia.

En estas conclusiones, prefiero no sintetizar lo anterior y, por ello, sería más pertinente extraer algunas ideas de todo lo expuesto. En primer lugar, no se puede perder de vista ni mucho menos subestimar el papel destinado al Japón. Creo que el Japón ya entró a la "liga mayor" de los competidores por el poder global. El cómo lo harían es la gran interrogante. En segundo lugar, sería conveniente subrayar que en ese período de transición, ninguno de los escenarios mencionados ha conquistado foro propio. A lo que se asiste es una interacción de tendencias, en un marco a veces confuso. Ninguno de ellos es viable en estado puro. El más revolucionario en términos conceptuales y paradigmáticos sería el escenario paneuropeo. Lástima que su contraparte equilibradora pueda ser el *bihegemonismo* nipo-estadounidense del Pacífico. En efecto, si por una parte la Paneuropa puede representar un factor de paz, el bihegemonismo, por la otra, no lo sería. El gran problema es cómo ajustar las relaciones nipo-estadounidenses sin el modelo *bihegemónico*. Aunque fuera posible fincarlo tan sólo en las relaciones económicas —como sugieren los autores del término— ¿qué pasaría con la variable político-estratégica? Estados Unidos podría ecuacionar parcialmente el problema ya que la distensión con la Unión Soviética lo permitiría. En efecto, la distensión podría conducir a una total desvinculación militar de Estados Unidos en el Pacífico. Pero la otra parte del problema es el propio Japón. ¿Qué tan confiable es permitir que Japón sea completamente autónomo en materia político-estratégica en Asia? No son pocos los que consideran que es importante que Japón permanezca dependiente de Estados Unidos en materia de seguridad.

El escenario de la *Pax nipponica* encierra antitéticamente el reto del todo o nada, de la gran

oportunidad o del riesgo total e impredecible. Si la *Pax nipponica* fuera precedida por una exitosa sustitución del factor "uso de la fuerza" por el de "cooperación interdependiente" como instrumento del poder nacional compitiendo por mejor espacio en el orden global, entonces habría que reconocer que el Japón pasó por la prueba. Pero ello parece muy remoto. Lo que sí pende como la espada de Damocles sobre el sistema global, son las posibilidades del riesgo total si prevaleciera la *Pax nipponica*. En suma, ella no parece convenir ni al Japón ni al resto del mundo.

Las alternativas parecen reducirse, pues, a prácticamente dos: aceptar el papel hegemónico de Estados Unidos a través de la reedición mejorada de una *Pax americana II* y, por mientras, no perder en el horizonte la posibilidad de darle forma y contenido al aún muy confuso y ambiguo escenario del multipolarismo de la *Pax consortis*, es decir, de los consorcios regionales. De una u otra forma, América Latina tendría que tener a Estados Unidos como el actor prioritario en su agenda. Bajo el escenario de la *Pax americana* o del polo regional ("América para los americanos") no existiría forma de salirse de la predestinación de naturaleza geopolítica. Pero si la geografía se hereda, la política se negocia.

Por último, un par de reflexiones finales sobre las relaciones nipo-latinoamericanas. Definitivamente, lo peor que le podría pasar a América Latina sería que se consolidara el modelo *bihegemónico*. El condominio nipo-estadounidense acortaría enormemente el margen negociador de América Latina. Se encargaría de acentuar aún más la asimetría que existe en la relación Norte-Sur o, si se quiere, en la relación de interdependencia. Es por esta razón que no se alcanza a percibir el porqué América Latina intenta jugar la carta del Pacífico con tal grado de candor. El Gran Pacífico es el escenario ideal para el *bihegemonismo*, y ello, como ya se mencionó, no le conviene a América Latina. El Gran Pacífico articula un modelo suprarregional, en donde la asimetría se evidencia desfavorable a los países ribereños del lado americano del Pacífico y, por ende, lo que hace es flanquear de par en par los accesos nipo-asiáticos de la América del Norte (Canadá, Estados Unidos, México) por ahora, y de la del Sur, en etapa subsecuente. De ahí que se pueda entender la ansiedad del Japón por no

perder una oportunidad de inserción en el esquema de una posible integración norteamericana. De hecho, el *Gaimusho* (Ministerio de Relaciones Exteriores) del Japón ya tiene muy bien visualizada su estrategia norteamericana *vis-à-vis* su estrategia para América del Sur. No hace muchos años era casi inconcebible escribir un ensayo o sugerir una reunión académica sobre las relaciones del triángulo Japón-Estados Unidos-México. Hoy, el tema ya es de cajón. Para comenzar, en términos de relaciones internacionales contemporáneas, no se puede hablar de las relaciones mexicano-japonesas

sin pasar por las nipo-estadounidenses. A partir del momento en que algunos países de América Latina y del Pacífico se habían interesado por participar como miembros de la Conferencia de Cooperación Económica del Pacífico, los japoneses, como protagonistas de la Conferencia, no sabían cómo conciliar en una membresía para la región latinoamericana tantas solicitudes (tres). Hoy, una vez dividido el Hemisferio, Tokio ya no tiene problema y considera como posible la adhesión de México (América Latina del Norte) y Chile-Perú (América Latina del Sur).